

Joseph Roth

Izquierda y derecha

Traducción de Sandra Chaparro Martínez

PASOS PERDIDOS

Diseño de cubierta: Editorial Pasos Perdidos S.L.
Imagen de cubierta: *Straßenbild vor dem Friseurladen*,
Ernst Ludwig Kirchner, 1926.
Maquetación: Daniel F. Patricio

Título original: *Rechts und Links*

© de esta edición, 2014, Editorial Pasos Perdidos S.L.
© de la traducción, Sandra Chaparro Martínez

ISBN: 978-84-941162-7-8

Depósito legal: M-15334-2014

Impreso por Gami

Cualquier formato de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede hacerse con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Primera Parte

Aún recuerdo aquellos tiempos en los que todo indicaba que Paul Bernheim llegaría a ser un genio.

Era nieto de un tratante de caballos que había logrado ahorrar una pequeña fortuna e hijo de un banquero que ya no sabía ahorrar, pero al que había sonreído la suerte. El padre de Paul, Don Felix Bernheim, iba por el mundo exhibiendo un semblante despreocupado y altivo. Tenía muchos enemigos, aunque sus conciudadanos no dejaran de apreciar que su grado de necesidad era el normal. Lo que resultaba poco habitual era la suerte que tenía. Le envidiaban. Y, como si el destino se hubiera propuesto sumirles en la más profunda desesperación, un día le tocó «el gordo» de la lotería.

La gente suele mantener en secreto que les ha tocado «el gordo» como si fuera una lacra para la familia. Sin embargo, el señor Bernheim parecía temer que no se hubieran enterado y su suerte no les hiciera sentirse aún más irritados con él, así que redobló sus demostraciones de desprecio, redujo el ya de por sí escaso número de saludos que repartía a diario y comenzó a responder con una indiferencia hiriente a quienes le saludaban. No contento con ello, Bernheim, que hasta entonces solo había desafiado a las personas, también empezó a desafiar a la naturaleza. Vivía en la espaciosa mansión de su padre, cerca de la ciudad, junto a la carretera que llevaba al bosque de pinos. La casa, de tejado rojo y fachada pintada de amarillo, se encontraba en medio de un añoso jardín, rodeado de un muro gris de la altura de un hombre, entre árboles frutales, robles y tilos. Los árboles que bordeaban el jardín descollaban por encima del muro y sus copas formaban una bóveda

que cubría media carretera. Adosados al muro había dos amplios bancos verdes que ofrecían, desde siempre, descanso a los paseantes fatigados. Bajo el alero de la casa anidaban las golondrinas y, en las noches estivales, se oían sus trinos entre el follaje de los árboles. En verano, el largo muro, los árboles y los bancos proporcionaban un fresco alivio al calor polvoriento de la carretera y, en los días más fríos del invierno, prometían algo de calor humano.

Un día de verano desaparecieron los bancos verdes. Junto al muro, superando su altura, se instaló un andamio de madera. Talaron los árboles del jardín. Se oyó cómo se astillaban, cómo crujían y cómo sus copas emitieron un último susurro al rozar la tierra por primera vez. Cayó el muro y, a través de los huecos y travesaños del andamio, la gente pudo ver la casa amarilla que se erguía solitaria en medio del vacío en que se había convertido el jardín de los Bernheim. Sintieron la misma desazón que si se hubiera tratado de su casa, su muro y sus árboles.

Meses después, en lugar de la vieja casa amarilla de tejado puntiagudo, se levantaba una nueva mansión de blancura resplandeciente, con un balcón de piedra sostenido por los hombros de un Atlas de yeso y un tejado plano que pretendía evocar las terrazas del sur. El espacio entre las ventanas se cubrió de un moderno enlucido y bajo la cornisa se alternaban cabecitas de ángeles y demonios gesticulantes. El toque final lo daba una pomposa rampa digna de una audiencia territorial, un parlamento o una escuela técnica superior. El muro de piedra fue reemplazado por una espesa verja de hierro de un blanco grisáceo, cuyas agudas puntas se alzaban hacia el cielo como si quisieran clavarse en él, en los pájaros y en los ladrones. A partir de ese momento en el jardín no hubo más que aburridos parterres redondos o en forma de corazón y praderas artificiales de

un césped corto, tupido y casi azul, cubierto de finos y frágiles rosales sostenidos por tutores de madera. En medio de los parterres aparecieron enanitos de arcilla pintada con caperuzas rojas, rostros sonrientes, blancas barbas, palas, picos y martillos, que llevaban regaderas en sus manos diminutas: todo un pueblo mítico salido de la fábrica de Grützer & Co. Entre setos y parterres discurrían como serpientes senderos tortuosos, artísticamente dispuestos y tapizados de gravilla que crujía con solo mirarla. Ningún banco a lo ancho y largo del jardín. Y, aunque uno estuviera contemplándolo de lejos, se sentía agotado ante este incansable esplendor, como si llevara horas paseando por él. Los enanitos sonreían en vano. Los frágiles rosales temblaban, los pensamientos parecían de porcelana esmaltada. El ambiente no se refrescaba ni cuando la larga manguera del jardinero rociaba los parterres con un fino velo de agua; más bien recordaba el líquido tenue y de olor penetrante que los acomodadores esparcían en el cine por encima de las cabezas de los espectadores. El señor Bernheim mandó esculpir sobre el balcón, en letras picudas y difícilmente legibles, las palabras «Sans souci».

Algunas tardes se veía al señor Bernheim pasear entre los parterres violentando a la naturaleza con ayuda de su jardinero. En esas ocasiones se oía entrec chocar las hojas de la tijera y el chasquido de los setos recién plantados que, aun antes crecer, empezaban a familiarizarse con la disciplina reglamentaria. Las ventanas de la casa no se abrían nunca; casi siempre estaban corridas las cortinas. Cuando algunas noches, tras las cortinas amarillas y tupidas, se vislumbraban las sombras de personas sentadas y los contornos y focos de luz de las arañas de cristal, todos suponían que en casa de los Bernheim se celebraba una fiesta.

Las fiestas de los Bernheim transcurrían en medio de una fría dignidad. A pesar de haber sido es-

cogido cuidadosamente, el vino que se servía no producía efecto alguno. Por más que se bebiera se seguía sobrio. La mayoría de sus invitados eran militares o propietarios de los alrededores, siempre personas de mentalidad feudal y destacados representantes de la industria y las finanzas. El respeto que le inspiraban y el miedo a perder la compostura le impedían estar alegre. Por su parte, los invitados notaban su incomodidad y hacían gala durante toda la noche de la misma corrección que habían mostrado al llegar. La señora Bernheim ni entendía las bromas propias de semejantes situaciones ni le veía la gracia a las anécdotas que se contaban. Además era de ascendencia judía y, puesto que la mayoría de las historias empezaban con la frase: «Había una vez un judío sentado en una estación de ferrocarril.»..., la señora Bernheim no podía evitar sentirse ofendida. De modo que, cada vez que alguien ponía cara de ir a contar una anécdota graciosa, se sumía en un silencio confuso y sombrío, temiendo que se iniciara una conversación sobre los judíos. El señor Bernheim creía poco adecuado hablar de negocios con sus invitados. Ellos, a su vez, consideraban innecesario informar a su anfitrión de asuntos agrícolas, militares o hípicas. Bertha, la única hija de la casa y un buen partido, solía tocar piezas de Chopin al piano con el virtuosismo propio de una señorita que ha recibido la mejor educación. A veces se bailaba en las fiestas de los Bernheim. Una hora después de la medianoche los invitados se iban a su casa. Tras las ventanas se apagaban las luces. Todo dormía. Los únicos que permanecían despiertos eran los vigilantes, el perro y los enanitos del jardín.

Como era costumbre entre los niños de buena familia, Paul Bernheim se acostaba a las nueve. Compartía habitación con su hermano menor, Theodor. Paul permanecía despierto más tiempo y solo se dor-

mía cuando reinaba el silencio en toda la casa. Era un niño sensible. Decían que era un «niño inquieto» y de esa sensibilidad se dedujo que debía de tener un talento natural.

Desde niño se esforzó por demostrarlo. Cuando les tocó el «gordo», Paul, que solo contaba doce años, ya tenía el entendimiento de una persona de dieciocho. La rápida transformación de una buena casa burguesa en una mansión de ricos con aspiraciones feudales dio alas a su orgullo natural. Sabía que la riqueza y el prestigio social de su padre podían elevar al hijo a una «posición» de poder. Imitaba la arrogancia del padre. Provocaba a profesores y compañeros. Su talle era esbelto, sus movimientos lentos, cadenciosos. Sus labios eran rojos y carnosos, y su boca, siempre entreabierta, mostraba unos dientes blancos y pequeños. Su piel aceitunada resplandecía, su mirada vacía y sus ojos claros se ocultaban bajo la sombra de unas largas y negrísimas pestañas. Llevaba provocativamente largo su sedoso cabello. Se sentaba en el banco de la escuela sonriente, distraído, con indolencia. Su actitud delataba un único pensamiento: mi padre puede comprar la escuela entera. Los demás, impotentes y diminutos, se encontraban allí a merced de la autoridad de la escuela. Únicamente él podía hacerle frente gracias al poder de su padre, su cuarto, sus desayunos anglosajones consistentes en *ham-and-eggs* y naranjas ya peladas, su preceptor particular a cuyas clases asistía todas las tardes comiendo galletas y chocolate, su bodega de vinos, su coche, su jardín y sus enanitos. Olía a leche, calidez, jabón, baños, gimnasia casera, médico de familia y sirvientas. Tal parecía que la escuela y las tareas que le imponía no fueran más que una parte sin importancia de sus días. Ya tenía un pie en el mundo: oía el eco de su voz, mientras se sentaba en clase como si fuera un invitado. No era buen compañero. A menudo, su

padre iba a recogerle en coche una hora antes de que acabaran las clases. Al día siguiente, Paul llevaba un justificante firmado por el médico de la familia.

A veces parecía que echaba de menos tener un amigo. Pero no hallaba la forma de hacerse con uno. Su riqueza se interponía siempre entre él y los demás. «Ven esta tarde a mi casa, cuando esté mi profesor particular para que nos haga los deberes a los dos», decía en ocasiones. Pero rara vez alguien respondía a su invitación, ponía demasiado énfasis en el «mi» de «mi profesor particular».

Tenía facilidad para aprender y adivinaba muchas cosas. Leía aplicadamente. Su padre le había comprado una biblioteca y solía decir de forma totalmente superflua: «¡la biblioteca de mi hijo!». Y a las doncellas: «Anna, vaya usted a la biblioteca de mi hijo», aunque no hubiera otra en la casa. Un día Paul cogió una fotografía de su padre e intentó hacerle un retrato. «¡Mi hijo tiene un talento asombroso!», dijo el viejo Bernheim. Y se precipitó a comprar cuadernos, lápices de colores, lienzos, pinceles y pintura al óleo, contrató a un profesor de dibujo y empezó las obras para transformar parte de la buhardilla en un estudio.

Dos veces por semana, entre las cinco y las siete de la tarde, Paul tocaba el piano con su hermana. Quien pasara ante la casa en esos momentos les oía tocar, una y otra vez, a Tchaikovsky a cuatro manos. A veces le decían al día siguiente:

—Ayer te oí tocar el piano a cuatro manos.

—Tocaba con mi hermana —respondía—.

¡Toca incluso mejor que yo!

Y todos se sentían ofendidos por ese «incluso» que, en el fondo, no era más que una simple palabrita.

Sus padres le llevaban a conciertos. Paul canturreaba las melodías, se aprendía los nombres de las obras, los compositores, las salas de conciertos y los

directores de orquesta a los que le gustaba imitar. En las vacaciones de verano se iba a ver mundo, siempre con un preceptor, para que no se le «olvidara» nada de lo que ya sabía. Subía montañas, navegaba por el ancho mar hasta alcanzar costas salvajes y desconocidas, volvía taciturno y orgulloso, y se limitaba a hacer observaciones despectivas, como si diera por sentado que todos estaban tan familiarizados con el mundo como él. Ya había acumulado muchas experiencias y le parecía que todo lo que oía o leía ya lo había oído y leído, de manera que su ágil cerebro establecía las asociaciones pertinentes. Lo único que sacaba de «su biblioteca» eran detalles con los que deslumbrar a los demás. La ficha en la que anotaba sus «lecturas privadas» era la más completa que se pueda imaginar. Se le «disculpaba» su indolencia porque no arrojaba sombra alguna sobre su comportamiento moral. Se suponía que una casa como la de los Bernheim ofrecía suficientes garantías de moralidad. El padre de Paul sometía a sus profesores díscolos invitándoles a una «discreta velada». Tras la visita volvían a sus pobres domicilios impresionados por el parqué, los cuadros, el servicio y la belleza de la hija de la casa.

A Paul Bernheim no le intimidaban en absoluto las muchachas. Con el tiempo llegó a ser un experto bailarín, un conversador agradable y un deportista atildado. En el transcurso de los meses y los años fueron cambiando sus aficiones y sus talentos. Durante seis meses se dedicó por entero a la música para después entregarse a la esgrima un mes, un año al dibujo, otro año más a la literatura y, por último, a la joven esposa de un juez de distrito que, en una ciudad tan pequeña, apenas podía ocultar su inclinación por los jovencitos. El amor que sintió por ella despertó a la vez todos sus talentos y aficiones. Por ella pintó paisajes con vacas blancas, se batió, compuso música y escribió poemas

que hablaban de la naturaleza. Al final, la joven se lió con un alférez y Paul se sumió en la historia del arte para «intentar olvidarla». Decidió dedicar su vida a esa disciplina. Al poco tiempo no podía ver una persona, una calle o un paisaje sin citar a un pintor conocido o un cuadro famoso. Como era incapaz de captar las cosas de manera inmediata y describirlas con sencillez, superó, desde muy joven, a todos los historiadores del arte de cierto renombre.

Pero esta pasión también se extinguió dando paso a la ambición social. Tal vez no había sido más que una forma de llegar a ella, tal vez solo era la ciencia auxiliar de toda carrera social. Al levantar la mirada, Paul sabía poner una expresión de sagrada ingenuidad, sorpresa y encanto que seguramente había copiado de ciertos retratos de santos. Era una mirada que apenas se fijaba en las personas porque rozaba el cielo. Los ojos de Paul parecían filtrar luz celestial a través de sus largas pestañas.

Adornado con estas prendas y un refinado gusto artístico que sacaba a relucir en cualquier comentario, se sumergió en la vida social de la ciudad, que giraba en torno a los esfuerzos que hacían las madres por casar a sus hijas adolescentes. Paul era bien recibido en toda casa donde hubiera jóvenes casaderas. Siempre sabía adoptar la actitud adecuada. Parecía un músico que sabe tocar todos los instrumentos de la orquesta e incluso cometer, con elegancia, algún error en la ejecución de una pieza. Podía estar diciendo cosas inteligentes, de su cosecha o leídas de antemano, durante una hora entera. Después pasaba a ser un conversador entrañable y sonriente, a contar por décima vez una anécdota superficial adornada con rasgos nuevos en cada ocasión o a deleitarse con un aforismo banal, reteniéndolo brevemente entre los dientes, saboreándolo. No sentía el menor remordimiento al apropiarse de

ocurrencias ajenas o burlarse descaradamente de compañeros ausentes. Y cuando las muchachas sonreían educadamente dejando los dientes al descubierto, era como si estuvieran descubriendo sus pechos juveniles. Juntaban las manos y era como si separaran las piernas. Le enseñaban libros, estampas y cuadernos de notas y era como si abrieran sus camas para él. Se recogían el pelo y parecía que se lo soltaran. Por esa época Paul empezó a frecuentar un burdel dos veces por semana, con la regularidad de un viejo funcionario. Después hablaba de las cosas exquisitas e inventadas que había descubierto en esos cuerpos femeninos que, naturalmente, comparaba con cuadros famosos. Contaba algún secretillo del que le había hecho partícipe cierta hija de familia y describía pechos que se jactaba de haber acariciado o visto.

Continuaba pintando, componiendo y escribiendo poesía. Cuando su hermana se prometió con un capitán de caballería, compuso un poema especial para la ocasión que tocó y cantó él mismo. Más tarde, probablemente porque a su cuñado le gustaban las máquinas, empezó a mostrar interés por la técnica y aprendió a desmontar el motor de su coche: uno de los primeros que hubo en la ciudad. También recibió clases de equitación para acompañar al capitán cuando cabalgaba por las sendas del bosquecillo de pinos. Los burgueses de la ciudad empezaron a ser algo más indulgentes con un señor Bernheim que había proporcionado un genio a su tierra natal. Algunos de sus antiguos enemigos con hijas casaderas comenzaron a saludarle de nuevo con deferencia.

Fue por aquel entonces cuando se propagó el rumor de que iban a otorgar al señor Bernheim una gran distinción. Había quien hablaba incluso de su elevación a la aristocracia. Resultaba muy instructivo observar cómo esta expectativa de ennoblecimiento re-

ducía la hostilidad de sus adversarios. La futura carta de nobleza de Bernheim explicaba satisfactoriamente su arrogancia. Solo en ese momento se llegó a conocer la causa científica de un orgullo que quedaba así plenamente justificado. Porque, para la ciudad, la soberbia era una virtud del aristócrata antiguo, del que había sido recientemente ennoblecido e incluso de aquel que pronto pasaría a engrosar las filas de la nobleza.

Se desconoce la base real de este rumor. Puede que al señor Bernheim solo fueran a nombrarle consejero de comercio. Pero entonces ocurrió algo inesperado y sorprendente. Una historia tan trivial que uno se avergonzaría de narrarla en una novela.

Un día llegó un circo a la ciudad. Durante la décima o undécima función tuvo lugar un accidente: una joven acróbata se cayó del trapecio y fue a parar al palco en el que se encontraba el señor Felix Bernheim solo, pues su familia consideraba que el circo era un espectáculo vulgar. Más tarde se dijo que el señor Bernheim había cogido a la artista en sus brazos con gran «presencia de ánimo». Pero este extremo no se puede confirmar, como tampoco el rumor de que se había interesado por la chica desde que la vio en la primera representación. Dicen que le había estado enviando flores, pero lo único que se sabe a ciencia cierta es que la llevó al hospital, la fue a visitar y no la dejó marchar con el circo. Le puso un piso y tuvo el valor de enamorarse de ella. Él, orgullo de la burguesía, aspirante a la nobleza, suegro de un capitán de caballería, se enamoró de una acróbata. La señora Bernheim dijo a su marido:

—Puedes traer a tu amante a casa. ¡Yo me voy con mi hermana!

Y se fue con su hermana. El capitán de caballería pidió el traslado a otra plaza. En casa de los Bernheim solo quedaron los dos hijos y el servicio. Las cor-

tinias amarillas no se descorrieron en semanas. El señor Bernheim no dejó por ello de darse aires en ningún momento. Estaba enamorado de una jovencita, pero seguía igual de arrogante, desafiando al mundo entero. No se volvió a hablar de la ansiada distinción.

Puede que fuera el único acto de valentía en la vida de Felix Bernheim. Más tarde, cuando su hijo Paul tuvo la ocasión de hacer lo propio, recordé la aventura de su padre y el ejemplo me permitió apreciar que el valor se agota y disminuye de generación en generación, y que los hijos terminan siendo mucho más débiles que los padres.

La muchacha extranjera solo se quedó en la ciudad unos cuantos meses. Parecía haber caído del cielo para que Felix Bernheim fuera capaz de hacer su voluntad en los últimos años de su vida, para regalarle una última chispa de belleza y mostrarle la verdadera nobleza. Un día la joven desapareció. Para dar a esta historia de novela un final novelesco podemos suponer que el circo andaba por los alrededores y la joven echaba de menos su trapecio. La acrobacia también puede ser una vocación.

La señora Bernheim volvió. La casa fue cobrando vida de nuevo. Paul, al que había entristecido la aventura de su padre porque se había quedado sin la distinción esperada y el capitán de caballería había desaparecido de su vida, se recobró rápidamente del disgusto e incluso llegó a agradecerle el hecho de que «su viejo fuera todo un hombre».

Aparte de eso preparaba su marcha.

Pronto estaría en condiciones de emprender una nueva vida.

